

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 17 de Septiembre de 1921.

Número 38.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Otra vez la censura

He recibido esta comunicación del Gobierno Civil:

«Habiendo acordado el Consejo de Ministros que se restablezca la previa censura para todas las noticias y comentarios que acerca de los sucesos de Marruecos publique la Prensa periódica diaria ó no diaria, se servirá usted remitir á este Gobierno civil, las galeradas de los edictos de Madrid y Provincias á fin de que quede cumplimentada la orden del Gobierno de S. M.

Dios guarde á usted muchos años.

MARQUÉS DE LA FRONTERA

Madrid 12 de Septiembre de 1921.»

Como no creo en la *Verdad oficial*, y no quiero faltarle al respeto á la *Verdad verdadera*, continuaré absteniéndome de dar noticias sobre la guerra de Marruecos.

UN RUEGO

Se lo hago, y con gran encarecimiento, á los lectores en cuya población haya conventos, es decir, á casi todos.

Que se sirvan avisarme en el momento que sepan de ciencia cierta que los frailes de alguno han ofrecido destinar las habitaciones que les sobran para albergar heridos de la guerra.

Sentiría que, por ignorarlo, se me anticipase nadie á alabarlos y enaltecerlos.

Y lo mismo digo respecto á los obispos que hicieren lo propio.

Que pueden todos hacerlo, á la vista lo tengo.

Mis vecinos del número 25, los jesu-

tas, tienen desde hace días alojados en su Residencia á muchos (no sé el número) de los guardias civiles que han sido llamados á Madrid.

Lo cual prueba que les sobra local.

LOS VIEJOS

La vejez es egoísta, dicen algunas gentes. No quieren, no, á su lado los viejos que llegaron á la cumbre jóvenes que les hagan sombra. Se rodean de gente nula para aparecer más grandes.

¿Qué de viejos no se lamentan, por el contrario, de no tener á su alrededor una juventud ilustrada, viril, entusiasta, de nobles y generosos alienígenas! Escasea la juventud de estas condiciones; no abunda sino la que tiene tanta sobra de ambición como falta de méritos y está dispuesta á plegar en interés propio la mejor bandera.

A los viejos que han consagrado su vida á la defensa de una causa, ¿qué es lo que se cree que al morir puede más preocuparles? No les preocupa sino el temor de que tras ellos no haya una generación instruida y enérgica, capaz de difundir y realizar no sólo las ideas que ellos sustentaron, sino también las que vayan surgiendo de las evoluciones de la razón y la justicia.

No son, no, ellos los que se rodean de gentes nulas: son las gentes nulas las que los buscan á ellos á fin de escalar las más altas posiciones. Esos sí que procuran apartar de su lado á los que valen para que no haya quien se les anteponga. Concedores de su insignificancia, alejan á todos los que algo saben, como no pueden por pobres y ruines medics subordinárselos y convertirlos en dóciles instrumentos de sus pasiones.

¿Se oponen los viejos á que esos hombres medren y se levanten á puestos que no les corresponden? Se revuelven esos hombres furiosos y airados contra los que ayer hacían objeto de las más terrosas lisonjas. Callan los viejos; amaestrados en su larga vida por una serie de ingratitudes y de inconsecuencias, sobrellevan las más agrias censuras, y ellos siguen gritando.

De aquellos hombres principalmente derivan las discordias y el enfraquecimiento de los partidos. Corren á agruparse en torno de cualquiera que se preste á satisfacer su ambición insensata, y sin tener para cosa alguna en cuenta ni el interés de la nación ni

el de su propia causa, suscitan divisiones que nada cohesionan.

Desmétrase y rebájense los partidos, téngase por seguro, no por el egoísmo de la gente vieja, sino por el egoísmo de la gente nula.

F. PI Y MARGALL

Buena intención, pero...

El actual Gobernador Civil de Madrid, se ha empeñado en que bajela carne y los abastecedores y carniceros se han confabulado para que no se salga con la tuya. Y no se saldrá, á pesar de lo plausible de su intención. Toda autoridad que intente en España impedir que se robe al público, pierde el tiempo y queda derrotada al fin, entre otras razones, porque los robados no prestan en la forma práctica y ejemplar que debieran.

Por otra parte, como el ejemplo de los de arriba si fluye en los de abajo, existen hoy muchos españoles que viven del robo, especialmente si á la venta de artículos alimenticios se dedican.

Roba el tahnero, el carnicero, el pescadero, el verdulero, el ultramarino, el cerrajero, todos, en fin, los dedicados á comprar y vender. Y lo hacen ya con tal descaro y tal cinismo, que no parece sino que el robar sea el único medio que tienen de atestiguar su honradez.

Verdad es que esto en España viene de antiguo, y tal vez por esta razón se halla tan perfeccionado.

Me contó mi padre, que siendo él muchacho leyó una relación de las cualidades y defectos de los individuos de cada nación, y se le quedó esto en la memoria. Decía:

De tres franceses, salen tres amoldadores.
De tres ingleses, tres borrachos.
De tres italianos, tres músicos.
Y de tres españoles, cuatro ladrones.
Y calcúlese, si esto se decía hace más de cien años, lo que podría decirse ahora: «de tres españoles, doce ladrones». Y ainda.

¿Idiosincracia? ¿Fuerza de la costumbre? ¿Influencia del ejemplo? ¿Resultado de la impunidad? No lo sé. Aun cuando quizás nada de eso, sino la legítima consecuencia de este aforismo religioso:

«Un punto de contrición
da á un alma la salvación.»

¿Qué importa vivir robando, si el arrepentimiento al morir borra la culpa, y dedicando á la celebración de misas una pequeña parte de lo robado se sale del Purgatorio?

Y volvemos siempre á parar á lo mismo, á que el origen de casi todos los males que afligen á la humanidad está en la idea religiosa, sea ésta cual fuere.

Justicia distributiva

X** tendero de comestibles, comparece ante el Tribunal correccional por haber despachado géneros alimenticios adulterados.

Presidente.—X**: El revisor ha comprobado que vuestro chocolate es un compuesto al que sobra tanto óxido de mercurio y tierra roja como le falta saponoso.

X**.—Sí, señor presidente.
Presidente.—Vuestro café está fabricado con hígado de caballo cocido al vapor, polvo de madera de caoba y caramelo; vuestras lentejas las conserváis con sulfato de cobre; vuestra manteca no es más que grasa coloreada con plomo; y la cerveza es una mezcla de belladona, cabezas de alfileres, datara de estramonio y ácido prúrico. ¿Es exacto todo eso?

X**.—Exacto.
Presidente.—¿Ignoráis que estos venenos son, en su mayor parte, por extremo violentos?

X**.—¡Diablos! ¡Ya lo creo! ¡La cerveza sobre todo! Yo no bebería un vaso de la mía por todo el oro del mundo.

Presidente.—¿De modo que habéis obrado con premeditación y conocimiento de causa? (X** se retuerce el bigote sarcóticamente). ¿Qué tenéis que alegar en vuestra defensa?

X** (con arrogancia).—Tengo que decir que el comercio es la teta alimenticia de una nación, y que nadie tiene derecho a poner trabas á los negocios, que ya van demasada al mal.

A pesar de esta elocuente defensa, el tribunal, usando de su severidad acostumbrada, condena á X** á cincuenta francos de multa y los gastos del juicio.

El tribunal procede seguidamente al interrogatorio de un malhechor acusado de envenenamiento.

Presidente.—¿Entonces confesais haber disuelto una caja de cerillas en la sopa de la viuda Bruno?

Acusado.—Media caja nada más.
Presidente.—Sea. Gracias á un concurso de circunstancias, que yo calificaría de providenciales, vuestra infamada víctima ha escapado á la muerte; pero la intención criminal y la premeditación estaban manifiestas. ¿Tenéis algo que alegar?

Acusado.—Únicamente que estoy dispuesto á pagar la patente.

Presidente.—¿Qué patente?

Acusado.—Una patente de tendero, carnicero, pescadero, vinatero... cualquiera; no tengo preferencia por ninguna. (El presidente menea la cabeza.) De ese modo se me castigará con cincuenta francos de multa y los gastos del juicio.

Presidente.—Acusado; no agravéis vuestra situación con bromas de mal gusto.

El tribunal, estimando los antecedentes del acusado, le condena á veinte años de trabajos forzados solamente.

Acusado (filosofando en su prisión). Tratad de envenenar á una sola persona, y se os condenará á veinte años. Envenenad mil y se os multará en cincuenta francos. Diez mil, y se os condecorará... Para tener éxito en este bajo mundo, es preciso hacer las cosas en grande.

MIGUEL THIVARS

LA LIBERTAD

Un lobo transido de hambre se encontró con un perro bien cebado. Saludáronse mutuamente, se pararon y dijo el lobo:

—Por tu vida, dime como estás tan lucio, mientras yo, que soy más valiente, perezco de hambre.

—Tú puedes lograr la misma fortuna si te atreves á servir á mi amo como yo le sirvo—contestó el perro.

—¿En qué?—preguntó el lobo.
—En guardar la puerta y defender de los ladrones la casa de noche.

—Estoy pronto. Ahora ando expuesto á las lluvias y las nieves, pisan lo una vida trabajosa en la selva. ¿Cuánta más cuenta me tiene vivir á sombra de tejado y hartarme de comida sin tener qué buscarla!

—Pues vente conmigo.
El camino reparó el lobo que el cuello del perro estaba pelado, y le preguntó:

—¿De qué es eso, amigo?
—Nada...
—No importa; dímelo.

—Como me tienen por inquieto, me atan de día con una cadena para que descance y pueda velar de noche. Suelto al anochecer, ando por donde se me antoja. Me traen pan sin pedirlo; el amo me echa los huesos desde su mesa; la familia me arroja sus menudrugs y cada cual lo que no le gusta del guisado; y así, sin fatiga, lleno la tripa.

—Bien; pero si quieres salir de casa, ¿te dan licencia?
—Eso no—respondió el perro.

—Pues entonces—concluyó el lobo—disfruta tú esos bienes que tanto alabas, que yo ni reinar quiero si ha de faltarme la libertad.

FEDRO

La lección del buitre

Encontrábase un viejo buitre en una desnuda prominencia con su esposa y su hijo al lado, al que estaba instruyendo en las artes de la vida de los buitres y preparándole con su discurso para el último adiós que iban á darse ante los montes y los cielos.

—Hijo mío—decíale;—apenas necesitas mis instrucciones, porque has tenido mis hechos delante de tus ojos; me has visto arrebatar de las granjas las aves domésticas, apoderarme del lebratillo en los mataderos, y el cabrito en las praderas, y sabes, por lo tanto, cómo debes fijar las garras y sostener el vuelo cuando vayas cargado con la presa. Ya recuerdas cuál es el alimento preferido por nosotros, pues con frecuencia te he regalado con carne humana.

—Decídmelo—interrumpió el joven buitre—¿dónde puedo encontrar al hombre y cómo he de conocerle? Su carne es, ciertamente, el natural alimento del buitre y el más delicioso. ¿Por qué nunca llevasteis un hombre entero á nuestro nido?

—Es demasiado corpulento—dijo la madre;—cuando encontramos un hombre solamente podemos arrancar sus carnes y dejar sus huesos sobre la tierra.

—Pues como el hombre es tan grande—dijo el pequeño buitre—¿cómo lo matáis? Tenéis miedo al lobo y al oso, y, sin embargo, os atrevéis con ellos. ¿Está acaso el hombre más indefenso que una oveja?—Nosotros no tenemos la fuerza del hombre...—contestó la madre—y algunas veces dado hasta de que poseamos su sujeción.

—Los buitres no podríamos regalarnos con su carne—continuó el padre—si la Naturaleza, que lo entregó á nosotros, no lo hubiera dotado de una extraña ferocidad que jamás ha observado en ninguna de las que viven en la tierra. Manadas de hombres se reúnen, se encuentran, estreman la tierra con espantoso ruido, se lanzan unos sobre otros y llenan el espacio con las llamaradas del incendio. Cuando adviertes esto, emprende tu más ligero vuelo hacia aquellos lugares y verás la tierra cubierta de sangre humeante y de cadáveres, muchos de éstos descuartizados y magullados ya, para mayor contentamiento de los buitres.

—Pero después de haber matado su presa—dijo el discípulo—¿por qué no se la comen? Cuando el lobo mata una oveja, no consiente que el buitre la toque hasta que él está satisfecho. ¿No es el hombre una especie de lobo?

—El hombre—dijo la madre—es el único animal que mata lo que no devora, y esta cualidad le convierte en un bienhechor especial de nuestra especie.

—Pues si el hombre sacrifica nuestra presa y la deja en nuestro camino, ¿por qué trabajáis nosotros?

—Porque el hombre—replicó el padre—permanece algunas veces tranquilo y se retira á su caverna. Los viejos buitres te dirán que debes vigilar sus movimientos cuando les ves reunirse como una bandada de cigüeñas; entonces ten por seguro que van á exterminarse, y que bien pronto te regalarán con carne humana.

—¿Quisiera saber la causa de sus mutuas carnicerías. Mo me exhibo ese afán de matar lo que no les ha de servir de alimento.

—Hijo mío—dijo el padre;—es esta una pregunta á la cual no puedo contestarte, aunque estoy respetado por el pájaro más sagaz de las montañas. Cuando era joven solía visitar frecuentemente el nido de un buitre viejo que vivía en las rocas de Carpetán; él había hecho muchas observaciones, conocía los lugares que suministraban alimentos alrededor de su nido, y se había alimentado año tras año de las entrañas de los hombres; y su opinión era que los hombres tenían sólo la apariencia de seres vivientes, pero que en realidad eran vegetales con la facultad de moverse; y que así como las ramas de un roble chocan entre sí agitando las por la tempestad á fin de que el cerdo engorde con las bellotas que de él caen, así los hombres son impulsados unos contra otros por poder explicable para que los buitres puedan nutrirse. Otras cosas se han observado en el plan y la política imperante entre estos dañosos seres, y los buitres que los han visto más de cerca pretenden que hay en cada manada uno que dirige á los demás y parece como que se deleita con sus grandes carnicerías; es á menudo el más fuerte ó el más astuto, y demuestra por su vehemencia y diligencia que es, más que ningún otro, amigo de los buitres.

IGUASONES!

Un periódico de Valencia, conmemorando lo el cincuenta y seis aniversario de la preciosa muerte, (así dice) de la Madre Sor Sacramento (vizcondesa de Jorbalán) recuerda estos dos milagros suyos:

«Un viajante de una Casa de Palma de Mallorca tenía una llaga en una pierna que le manaba pú sin parar. Hallándose en Medina del Campo fué á la farmacia por un remedio, y al ir á aplicárselo advirtió que la herida estaba peor que nunca. En esto recuerda que llevaba en la cartera una postal de la Venerable Madre, la saca, se arroja ante ella pidiéndole fervorosamente la curación; se venda la herida, se acuesta, y al despertar se halla perfectamente curado.»

«Una anciana de sesenta años estaba ciega desde hacía cinco en Vilaseca; el médico del pueblo le había dicho muchas veces que nunca vería; pero por consajo del cura visita el sepulcro de la Madre Sacramento, y cuando sale á la calle, ve más que un lince.»

El periódico aludido, *Las Provincias*, termina así el artículo en que relata esos dos milagros:

«Al visitar el sepulcro de la Venerable, hoy aniversario de su muerte, pidan sus devotos al Señor que acelere la hora de su glorificación, que será para nuestra ciudad bello timbre de gloria.»

Algunas veces pienso que los periodistas de los diarios clericales son unos iguasones de primera, que se deleitan escribiendo absurdos, para vengarse de las latas que les dan sus lectores. Y quizás no me equivoque.

Creería ofenderlos suponiendo lo contrario: que los propagaban en serio.

¡Un duro al año!

I

Monte arriba, cara al viento,
buscando reposo y calma,
íbame yo muy contento
dándole descanso al alma,
y cuando á lo alto llegué
y al dar la vuelta á la cima,
un rebaño me encontré
que se me venía encima.
Avanzaban las ovejas
marchando al paso tranquilas
y pasaban las parejas
al sonar de las esquilas;
y á los últimos resacaos
de los rayos vespertinos
las ví perderse á lo lejos
por los ásperos caminos.
Detrás de ellas, lentamente,
dando al aire una canción
y sacando indiferente
su menbrugo del zurrón,
venía un pastor, un niño,
un imberbe zagalejo,
que me inspiró ese cariño
que es tan súbito en un viejo.
—Hola, ¿tú eres el pastor?
—Sí, señor, ¿y qué se ofrece?
—¿Tienes padres?—No, señor.
—¿Cuántos años tienes?—Trece

—¿Y cuánto ganas, amigo?
—Un duro.—¿Al día?—¡Anda, mañol!
—¿Un duro al mes?—¡Que no, digol!
¡Un duro al año!

II

Le dejé que se marchara
y en el monte me senté,
y avergonzado la cara
en las manos oculté.

.....
Pasaron por mi memoria
templos, palacios y reyes,
los aplausos y la gloria,
los discursos y las leyes,
los millones del banquero,
las fiestas del potentado,
réditos del usurero,
ladrones en despoblado,
fortunas mal heredadas
en el tapete perdidas,
cortesanas celebradas
de ricas galas preadidas,
los que del lujo se ufanan,
tantas glorias, tanto daño...
y en tanto hay séres que ganan...
¡Un duro al año!

III

¡Un duro! ¡O Dios! ¡Cuántas veces
lo habré derrochado yo
en miles de pequeñeces
que mi gasto me pidió!
En comer sin tener ganas,
en caprichos, en favores,
en vanidades humanas,
en guantes, coches y flores,
en un rato de placer,
en un libro sin valor,
en apostar, en beber,
en humo, en un buen olor...
Y ese duro que se olvida
en cuanto correr se deja,
era un año de la vida
de aquel niño que se aleja.
Y vi que somos pobres
todos los séres humanos,
unos, falsos soñadores,
otros, falsos puritanos,
ya ateos ó ya creyentes,
todos en el daño iguales,
resolviendo diligentes
grandes problemas sociales;
y hay séres que en esa edad
que ignora su propio engaño
deben á la humanidad...
¡Un duro al año!

IV

¡Nol! Mientras del frío Enero
en una espantosa noche
mi prójimo por dinero
me lleve á mi casa en coche;
mientras del carbón tonta gente,
pasando tanta amargara
para que yo me caliente;
mientras de la alegre fiesta
salga yo, que siento y creo,
y al pobre que me molesta
le mande airado á paseo;
mientras derroche la moda,
y se gasten grande ó chico
mil duros en una boda,
mil en entierro del rico,
y hasta el sol desigual sea
en dar al hombre sus rayos,
y haya niños con librea
que me sirvan de lacayos,
ni creo en leyes humanas
ni en el que las bombas tira...
¡palabras, palabras vanas,
mentira, todo mentira!
No hay á las penas consuelos,
¡sufrir y siempre sufrir!

¡El Cristo se fué á los cielos,
pero volverá á venir!
Su reino será de espanto,
sus leyes muy diferentes,
¡y allí se ha de ver el llanto
y el rechinar de los dientes!
Y ha de subir á mil codos
mas alto el nuevo diluvio,
y en él moriremos todos;
y más alto que el V subio
nos ha de ver impasible
ese niño, ese pastor,
ya con ruido en terrible
ángel exterminador,
y entre torrentes de lava
gritará de su alto escaño:
—Yo soy aquel que ganaba
¡Un duro al año!

V

Así, á mis solas decía
solo, en la cumbre del monte,
mientras el sol se escondía
en el rojo horizonte.
En la sombra se ocultaban
lentamente las aldeas
y en la ciudad humeaban
las fabriles chimeneas.
Veíanse allá las cruces
de las santas catedrales
y los rayos de las luces
de las fiestas mundanales.
Allí viva reunidos
miles de séres humanos;
allí se congregados
los que se llaman cristianos
entre el ruido y movimiento
de las modernas ciudades,
resumen triste y cruento
de las necias vanidades...
y allá, perdido en la plana,
cantando tras su rebaño,
iba aquí un niño, que gana
¡Un duro al año!

EUSEBIO BLASCO

El predicador de oficio

I

Esto de alimentar las almas con la palabra divina para sustentar uno su cuerpo con el clásico pucherete, no es cosa tan fácil como piensa ese ateo desalmado que nos toma el pelo desde las columnas de EL MOTIN.

Aquí está un capellán y servidor de ustedes que, (aunque sea inmortestia), sabe más teología que el padre Scavini, y se pasa por debajo de la pata á B. lmes. Y á pesar de mi talento, me hallo en un apuro de órdago, que para cualquier colega de sotana deseería.

¡Pero qué cosas tienen las monjas de Santa Paula!

«Esperamos, me dicen en esta carta, que nos predicará usted el día 8 en que estrenaremos el altar de Santa Pasolina, soltera y mártir.

«Dejamos á su elección el asunto; pero ha de tratar de la vida de la santa, extirpar la caridad de los físlas para que contribuyan con limosnas, reprender á los chicos que nos apedrean el huerto, y de p. uso elogiar las virtudes de aquel demapadado que se nos murió en opinión de santo á consecuencia de un cólico.

«Como usted tiene tanta elocuencia y aun faltan cuatro días, tiene usted bastante tiempo para escribir el sermón y aprenderlo. La tarriana de la calle de Toledo sale todas las tardes á las cinco; el día 7 salga usted de esa; como usted sabe, el carruaje llega hasta N., y de allí al convento vendrá usted en la

mula que enviaremos con el sacristán. No le dé usted propina, porque hace mal uso de ella y se presenta completamente trastornado.

«Estará de su grata y sí, reciba los afectos de la comunidad y especialmente los de su hermana en Jesús.—*Josefa del Rosario Franciscana.*»

«Si habrán creído esas... benditas, que componer un sermón es lo mismo que echar unas medias sueltas?»

«Y no hay remedio! Necesito pescar las treinta pesecillas que me valdrá el discurso. La Paca me está msreando para que le compre unas botas; al chico le hace falta un kèpis y una gramática latina; el padadero empieza a escamarse... y treinta misas á medio durete por barba suman al mes quince duros miserables.

Eso cuando me pagan en buena moneda... El mes pasado me coló el colector dos duros más floscos que la madre que le parió. En botica se los gaste.

Trabajemos... *Qui non laborat non manducat*; pero esto no reza con los obispos, el alto clero ni los párrocos, que no laboran nada y manducan bárbaramente.

—¡Francisco! ¡Paca!... ¡Demonio!... ¿Qué le ocurre á ese chico que no me deja escribir con sus gritos?

—Ha estado Juan, el moraguillo, á traer esta carta del cécnemo y venía crmiendo unos recortadurcos de hostias. El nuestro se las quería quitar y han reñido. Luis le ha dado un palo con el de la serba al monsg; pero Juan se la quitó de las manos y empezó á sacudírselo con ellas... Si no acudo, nos lo deja en el sitio... En la frente tiene un chifón más grande que una patens; ¡pobre hijo nues... dige: hijo de mis entriñas!

—¡Voy á estrellar á ese granujal... ¡Le mató!

—¡Si ha escapado por la escalera! Le tiré una sartén, que si le alcaza...

—Bueno, dejéme todos. ¡Que se calle Luis! ¡Há sido? ¡Que no le oiga más!... ¡Maldito! ¡Cege aquel cingulo viejo y pé gale tres lapos si sigue chillando!... ¿En qué iba?... Ya sé...

—Escribiendo. «Dejad á los niños que se acerquen á mí.»

II

«Las cuatro! ¡A las cinco el coche!

—¡Francisca, está la tortilla?... ¿Echaste vino en la cartimplora?... Bueno... Conque hasta el sábado. Luisito, ven... dame un beso. Y tú, Paca..., que tengas cuidado de la casa, no sea que los cuartos que gane predicando se los lleve el demonio por otra parte. Tú, á ver si eres bueno y no das guerra á tu madre, porque me incomodas á mí y ofendes á Dios... ¡Ah! Si te vuelve á pegar Juanillo, rómpela el crisma... El cristiano, cuando lo matran, puede elegir entre llevarlo con paciencia, ó reventar á su enemigo. ¡Adios, Paca!... Que no se te olvide prepararme la salmuera para la vuelta... La mula del convento tiene más huesos que pelos, y ya sabes cómo traje el cu... eipo el año pasado.

J. G. L.

Igual en todas partes

CARIDAD CRISTIANA

Para los pobres inmigrantes españoles que estaban durmiendo en los escalones de la Catedral han realizado una

importante colecta los canónigos que forman el Cabildo, remitiéndonos para su publicación la siguiente lista:

- Deán, una corona de ciprés.
- Arcediano, el más profundo respeto.
- Mogistral, un marcho de gresos.
- Penitenciario, un protonotariado de soda.

Lectoral, un plato de higos de seminario.

- Cantor, un diapasón de caña brava.
- Tesorero, 10 pesos en billetes de Weyler.
- Albin, una cigita de boniatillo.
- Sixto, un bastoncito de gálin.
- Quintana, dos botas de goño.
- Alorda, un paquete de raspadura.
- El Sr. Obispo, 50 días, 8 horas y 21 minutos de inouigencia plenaria.

Con donativos tan importantes ya se salvaron los inmigrantes.

BARRIENDO PARA DENTRO

«Desde que se destpó en Cuba la crisis económica, el padre Estanislao Sudupe, párroco de S. gna la Grande, depositaba en el archivo de la parroquia todo lo que *rascabuchaba* de los cepillos.

—Ningún Baco es comparable á la sacristía—pensaba.

Pero, ¡ay!, mientras el padre Sudupe estaba predicando un sermón recomendando la pobreza y la humildad cristianas para alcanzar la gloria, un herje llamado Máximo R. y Santos le vació el cepillo, es decir, le llevó todos sus ahorros, ascendentes á 5 000 pesos.

Intencioso es decir que el párroco puso el grito en el Cielo sin calcular que aquello pedía ser un designio de Dios.

Y al dar parte del robo ha puesto en evidencia lo pernicioso que es la gente de setana, que sin trabajar tiene tanto dinero sin repartirlo entre los pobres, como ordenaba Jesucristo.

Paciencia, padre Sudupe: del dinero, ¡ni se cupel!
Y Santos, por ser ladrón, há cien años de perdón.»

Esos dos sueltos de *La Política Cómica* de la Habana, prueban una vez más que si la Iglesia católica es una é indivisible, los sacerdotes de ella son lo mismo en todas partes en lo de no dar pan al hambriento y acaparar miserios bienes terrenales.

Quisicosas clericales

«¡Me entrego á Dios!, despechada la pecadora Tadea dice, al ver que vivía y fea, por todos es desahada.

Y observa el chusco Guillén: «Señores, no hay que admirarse de verla pensar tan bien; eso es que persiste en su manía de entregarse.»

A cierta dama viuda que tiene un hijo estudiante y el defecto interesante de ser algo tartamuda, le preguntó Andrés Cerote: ¿qué carrera sigue el chico? y le contestó: *¡Pee... rico?... Pee... dro sera sa... cerdote.*

Para casarse Juan Quero, pidió al cura de Sagunto

su partida de soltero, y éste, por andar ligero, se la mandó de difunto.

Al ver la partida el tal, al punto al cura escribió la equivocación fatal, pero éste le contestó: —Juan, para el caso es igual.

—¿Para qué sirve una bula? —Pronto lo vas á saber: para que los que la compran la carne puedan comer mientras dure la Cuaresma... —¿Nada más? —Esperate... para que los que la venden puedan comerla también.

Leyenda noruega

—Este árbol estorba—dice el gañán;— hay que cortarlo.

—¿Tiene una copa tan hermosa!— responde el propietario.

—Y el tronco carcomido.

—A su sombra descansar mis padres y mis abuelos; simboliza las tradiciones seculares de mi familia.

—Se caerá solo.

—Además, al cortarlo podría caer sobre la casa y destrozar la pajarera y desconchar la fachada.

—Se caerá de todos modos.

—Quedará aquí un hueco muy feo. Todas las fincas tienen un árbol centenario como todas las naciones tienen ejército y marina y clero...

El gañán se aleja refunfunando.

La frondosa copa se agita movida por el viento. Las hojas castañetean como si las hiciera temblar frío de muerte.

El tronco cruje y se parte. El árbol cae y destroza el palomar, derrumba la casa y mata al dueño.

Enseñabanle á un hombre la ermita de San Dionisio, y le dijeron que el pobre mártir decapitado, llevando la cabeza en las manos, había subido desde el llano á lo alto de la colina.

—¿Tanto trecho pudo andar sin cabeza?—preguntó.

—No le extrañe á usted—le respondieron.—En casos semejantes, el primer paso es el difícil de dar: los demás no tienen mérito.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Alcira.—P. Aranda. Abonada su suscripción á fin Marzo 1922.

Cedeira.—Arrivi. Id. á fin Agosto 1922.

Castellón.—J. Arnau. Recibido su Giro Conforme.

Almadén.—R. Gil. Id. de 16,55. Conforme.

Reus.—Hijas de B. Iar. Idem de 55,50. Conforme.

Imp. Juan Pérez.—Paseje de Valdecilla, 2. Madrid.